

Johann Chapoutot

IRRESPONSABLES

¿QUIÉN LLEVÓ A HITLER AL PODER?

Traducción de Elena M. Cano e Íñigo Sánchez-Paños

Alianza Editorial

Primera edición: marzo de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Éditions Gallimard, Paris, 2025

© de la traducción: Elena-Michelle Cano e Íñigo Sánchez-Paños, 2026

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026

Valentín Beato, 21; 28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-208-5

Depósito Legal: M-142-2026

Printed in Spain

ÍNDICE

Prólogo.....	13
Introducción	21
1. La austeridad en el poder: la sangría del Dr. Brüning.....	43
2. Un régimen presidencial: hiperpersonalización y dominio de los círculos próximos al poder.....	73
3. El magnate de los medios y la unión de las derechas.....	99
4. Anatomía de una caída ministerial.....	121
5. Un Gobierno fuera de la realidad: el «gabinete de los barones»	143
6. El «nuevo Estado» de los liberales autoritarios	173
7. «Pero ¿cómo piensan ustedes gobernar?».....	197

8. Los enajenados: mantenerse en el poder a pesar de todo	225
9. Liberalismo autoritario, patronal, nazismo	247
10. Evitar a Hitler. La tentativa Schleicher.....	277
Epílogo.....	319
Índice onomástico	347

*A Marie-Thérèse Chapoutot,
minima apostolarum (1908-1924),
que traza sus carboncillos sobre la urdimbre del tiempo.*

«Stella enim a stella differt in claritate [...].
Absorpta est mors in victoria.
Ubi est mors victoria tua?»
I Ad Corinthios, 15

«Somos muchos los que tememos que
este Gobierno haga tanto que no nos
quede nada por hacer».
Dr. Joseph Goebbels,
22 de julio de 1932

«Papen ha hablado en la radio.
Un discurso que viene de nuestras
propias ideas, de la A a la Z».
Dr. Joseph Goebbels,
28 de agosto de 1932

«Papen me rogó que tuviera la amabilidad de exponer de nuevo mi
visión de las cosas. De modo que repetí [...] que había que dejarles a la
derecha la puerta abierta a los nazis».
Johann Ludwig Graf Schwerin Von Krosigk,
ministro de Finanzas del Reich,
29 de noviembre de 1932

PRÓLOGO

Sábado, 7 de diciembre de 2019. El jefe de Gobierno Franz von Papen, retirado de la vida pública desde 1945, se presenta en Berlín con un grupo de jóvenes militantes de izquierda ante la sede del partido de la Unión Demócrata Cristiana de Alemania (CDU), para hablar con los conservadores y dar la voz de alarma: en un momento en que la tentación de aliarse con la extrema derecha es fuerte, el antiguo canciller que en enero de 1933 convenció al presidente del Reich, Paul von Hindenburg, para que llamara a Hitler al poder, se ve en la obligación de recordar las lecciones de la historia. ¡Él, que había trabajado y maniobrado para constituir un Gobierno de coalición entre la derecha y la extrema derecha, los conoce bien!

Sobre el papel, sin embargo, era un golpe maestro: el centro moderado burgués (*Bürgerliche Mitte*), muy debilitado tras una serie de elecciones desastrosas, se aseguraba la fuerza de choque —militante y política— de un partido nazi en declive, sí, pero

lo bastante poderoso aún como para revitalizar a una derecha moribunda. Aquel 30 de enero de 1933, Papen estaba más que orgulloso de presentar su Gobierno a la prensa y al mundo: él solo era vicescanciller, porque Hitler había exigido ser el jefe, pero se felicitaba por lo que consideraba una proeza táctica. Hitler no era más que un aficionado, flanqueado por una cohorte de farsantes, alborotadores e incompetentes. Él, Papen —el bien nacido, el hombre de las élites y de los círculos de poder—, iba a domar (*zähmen*) al cabo austríaco y a llevar las riendas. A un Hindenburg todavía algo indeciso le había prometido que serían los hombres serios —los de la industria, el *lobby* agrario, la banca, el ejército y la aristocracia— quienes marcarían la pauta. Al tal Hitler, al que había llegado a conocer en discretas comidas y cenas en casa del banquero Kurt von Schröder o del comerciante Joachim von Ribbentrop —un viejo amigo—, se lo zamparía de un bocado: «Lo voy a acorralar en un rincón hasta que se ponga a lloriquear»¹, decía Papen, que había reducido la participación ministerial nazi a la mínima expresión.

La derecha dominaba el gabinete de Hitler, que la comunicación gubernamental llamaba con razón el gabinete Hitler-Papen: ¡apenas tres nazis de doce miembros! Aparte del canciller, solo había un ministro sin cartera —el exaviador Hermann Goering, hombre de enlace entre el NSDAP (Partido Nacionalista Obrero Alemán), la burguesía empresarial y el gran capital— y un único ministro titular. Los nazis eran unos niños, y Papen se frotaba las manos.

Y, después de todo, la derecha estaba acostumbrada a gobernar con la extrema derecha en cinco *länder*. Por fortuna, en

¹ Franz von Papen a su amigo agrarista Ewald von Kleist-Schmenzin (DNVP), en Ewald von Kleist-Schmenzin, «Die letzte Möglichkeit. Zur Ernennung Hitlers zum Reichskanzler am 30. Januar 1933. Januar 1933 (postum veröffentlicht)», en *Politische Studien*, 1959/10, S. 89-92, p. 92.

aquella época no había prevención, escrúpulo ni tabú alguno que se opusiera a la unión de las derechas: uno seguía siendo libre de forjar sus alianzas sin que lo acusaran de pertenecer a las SS. Por supuesto, las SS ya existían desde 1925, pero era una milicia política como cualquier otra (¡los socialdemócratas también tenían una!) y su función era proteger a los altos mandos del partido. Papen, además, había corregido una injusticia y anulado la prohibición de las fuerzas antidisturbios del NSDAP que había establecido su predecesor, el tristísimo y muy siniestro jansenista Brüning, obsesionado con el ahorro presupuestario y alérgico a la sonrisa. El doctor Brüning había llegado a la conclusión, tras dos años en el poder, de que las SA y las SS eran un peligro público. Pero Papen, al igual que Hindenburg, no veía diferencia alguna entre los matones de extrema derecha y las baladronadas socialdemócratas: si se prohibían las milicias nazis, ¿había que hacer lo mismo con los socialistas! Había que tratar a los extremos de la misma manera... Bueno, en realidad no del todo: era con los nazis con quienes se cenaba y con quienes se deseaba gobernar, no con el SPD (Partido Socialdemócrata de Alemania).

En 2019, hacía tiempo que Franz von Papen había aprendido de sus errores. Se equivocó: no fue Hitler quien acabó lloriqueando, sino él. ¿Un solo ministro nazi en el Gobierno Hitler-Papen? Sí, pero no uno cualquiera: el Dr. Wilhelm Frick, jurista, que se hizo cargo de la cartera de Interior. Era, además, titular del mismo puesto en Turingia desde 1930, en el primer Gobierno de unión de derechas entre nazis, liberales, conservadores y nacionalistas. En todos los demás Gobiernos de coalición entre los nazis y la derecha, en Brunswick y en Oldenburgo, sucedió lo mismo: el NSDAP nunca pidió más que una cosa, el Ministerio del Interior, lo que significaba, por supuesto, el control de todo el aparato de inteligencia y represión, y también, en el sistema alemán, el control de la educación, desde

el parvulario hasta la enseñanza superior. Una manía extraña, ¡pero les hacía tan felices! Mientras las carteras más importantes, las de economía y finanzas, siguiesen en buenas manos... Lo mismo ocurrió el 30 de enero de 1933, cuando se encomendó la economía al Dr. Alfred Hugenberg, conocido magnate de los medios de comunicación.

Papen y sus amigos, que se creían tan inteligentes, deberían haber mirado más de cerca lo que los nazis hacían en todas partes gracias a sus ministros del Interior. Y eso es lo que viene a decirle a la CDU en 2019, porque la historia se repite: acaban de celebrarse elecciones precisamente en Turingia, el *land* dominado por el Dr. Frick entre 1930 y 1933. Las elecciones del 27 de octubre de 2019 son un desastre para la derecha (la CDU pierde 12 puntos), mientras que la extrema derecha de Alternativa para Alemania (AfD) gana casi 13. Con lo cual, gracias a los avances de los liberales (FDP, Partido Democrático Libre), que suben 2,5 puntos y entran en el *Landtag*, existe la esperanza de arrebatarle el *Land* a la izquierda. Los cálculos se hacen rápidamente: 21,7 % de la CDU, 5 % del FDP y 23,4 % de la AfD, es decir, 50,1 %, mayoría absoluta; justa, es cierto, pero indiscutible. Es tentador: el *Land* de Turingia, en manos de la CDU desde la «reunificación»², está gobernado desde 2014 por una alianza que se considera insostenible entre Die Linke, el equivalente alemán a Sumar o Podemos, el SPD (partido hermano del PSOE) y los Verdes. La derecha clamó contra la alianza antinatural, el compromiso inmoral, la traición al electorado. Con 46 diputados, esa alianza de todas las izquierdas se enfrentaba a 34 diputados de la CDU y 11 de la AfD,

² El territorio alemán emanado de las actas constitucionales de 1990 nunca había existido antes, por lo que el término «reunificación» resulta inapropiado. Los historiadores alemanes no hablan de *Wiedervereinigung*, sino de *Übernahme* o *Anschluss*.

lo que daba un total de 45 escaños, ¡si al menos hubiera sido posible sumarlos! En 2019 se decidió no privarse de hacerlo: la unión de las derechas, con los 22 escaños de la AfD, suma 48 diputados, frente a los 42 de toda la izquierda. El acuerdo está cerrado: el 5 de febrero de 2020, el liberal Thomas Kemmerich (FDP) será elegido *Ministerpräsident* del *Land* de Turingia con los votos de su partido, la CDU y la extrema derecha. Björn Höcke, exprofesor de Historia de secundaria y líder de la AfD en Turingia, está exultante: el dique ha caído y el cordón sanitario, conocido en Alemania como *Brandmauer*, ya no existe.

Sin embargo, el viaje de Von Papen a Berlín no ha sido en vano. Su testimonio desgarrador hizo reflexionar a los dirigentes de la CDU, cuya derechización parecía no tener límites. Escucharon a Papen recordándoles que la derecha resultó devorada por los nazis: el *Superminister* de Economía, el poderosísimo Alfred Hugenberg, fue destruido en menos de seis meses. Se vio obligado a dimitir ya en junio y, en los meses siguientes, a renunciar a su fabuloso imperio mediático; el mismo que, desde los años veinte, había impuesto todos los temas, razonamientos y eslóganes de la extrema derecha a través de editoriales tendenciosos, reportajes adulterados y noticiarios sesgados.

Friedrich Merz y sus compinches escucharon con compasión al resucitado de Weimar relatar cómo había sido marginado, puesto bajo vigilancia por las SS, a las que él mismo legalizó en junio de 1932, y había escapado luego por los pelos a un asesinato en toda regla en la Noche de los Cuchillos Largos, dos años después de aquel decisivo espaldarazo a los nazis. Era Anquises en el inframundo, relatando su lamentable huida de Troya, pasto de las llamas. En aquella famosa noche, que había durado tres días, lo mismo que un saqueo, Papen había visto desaparecer, secuestrado en su casa por un comando de hombres de negro, a uno de sus consejeros más cercanos, Edgar Jung, cuyo cuerpo nunca se encontró, así como a su sucesor en la

cancillería, el general Kurt von Schleicher, acribillado a balazos en el salón de su casa por los hombres de Himmler, que, para no quedarse cortos, también abatieron a su mujer, Elisabeth. Una masacre. «Eso, mis jóvenes amigos, es la extrema derecha», les había dicho.

De manera que Merz, el hombre de BlackRock en Alemania, ordenó a sus huestes —con el alma destrozada— que retiraran su apoyo al presidente liberal de Turingia. Para evitar que una moción de censura lo destituyera, Thomas Kemmerich, elegido el 5 de febrero, dimitió el 8. La derecha tuvo que aceptar un Gobierno minoritario de izquierdas, presidido por el *Linker* Bodo Ramelow, que se sucedió de ese modo a sí mismo.

Papen, aliviado, pudo recorrer entonces los 700 kilómetros del camino de vuelta al cementerio de Wallerfangen. El hombre, que cumplía 140 años en 2019, prestó lo que sin duda sintió como un último servicio a su país. Solo que, en realidad, fue una lápida con el nombre de Franz Joseph Friedrich Hermann Michael Maria von Papen, nacido en 1879 y fallecido nonagenario en 1969, la que realizó aquel viaje, en compañía del Centro para la Belleza en la Política, un colectivo de activistas acostumbrado a este tipo de golpes de efecto³. La policía de Berlín recogió la piedra y abrió una investigación por «profanación de sepultura» y «perturbación de la paz de los difuntos» sobre la base del artículo 168, apartados 2 y 3, del Código Penal alemán⁴. El colectivo artístico indicó en su comunicado de prensa que el excanciller deseaba «debatir con la derecha los peligros que se corren cuando uno se compromete con los fascistas, y examinar si se puede domesticar, desenmascarar o dominar a los enemigos de la democracia asociándolos al

³ «Symbolische Aktion - Grabstein Franz von Papens vor CDU Parteizentrale abgelegt», en *Saarbrücker Zeitung*, 7/12/2019.

⁴ § 168-2 y 168-3 StGB, «Störung der Totenruhe».

poder». El colectivo también aprovechaba para denunciar que «quien hizo posible a Hitler» se hubiera librado «con cuatro años de cárcel», una pena muy indulgente para los «millones de muertos en toda Europa», antes de dedicarse «a la buena vida en su castillo»: «Eso es lo que se llama “cultura de la memoria” en nuestro país»⁵.

La *performance* político-artística del monumento funerario errante puso de relieve el hecho de que Franz von Papen es, literalmente, un resucitado. La losa de piedra que sella su sepultura no es, a todas luces, lo suficientemente pesada para impedir que su fantasma perviva en la vida política alemana. La historia no ha terminado: sus protagonistas aún siguen aquí. Cuando se celebraron las elecciones del 1 de septiembre de 2024, la AfD obtuvo en Turingia el 32,8 % de los votos, para satisfacción de Björn Höcke. Dos meses antes, el 1 de julio de 2024, el *Landgericht* de Halle le había impuesto una multa de 16 900 euros por haber gritado en un mitin uno de los lemas de la SA, «Alles für Deutschland». El *Oberstudienrat* de Historia, puesto docente que equivale a profesor titular, había alegado ignorancia, algo que no sirvió de mucho para convencer al tribunal. Era poco probable que un profesor de Historia, claramente interesado en el período del Tercer Reich, no supiera lo que estaba diciendo.

⁵ «Von Papens Totenruhe», en *Die Tageszeitung/taz*, 7/12/2019.

INTRODUCCIÓN

Weimar es una historia tan viva que resucita a los muertos y nunca deja de plantear interrogantes en Alemania, incluso en todas las democracias que, durante los años 1932 y 1933, con Von Papen y Hitler, y también con Schleicher, Hindenburg, Hugenberg y Thyssen, se enfrentan a su finitud. Si la Gran Guerra dejó claro que las civilizaciones son mortales, el final de la República de Weimar demostró que la democracia también es perecedera.

Weimar es un significativo inagotable. Es, en primer lugar, la ciudad de los poetas y de los pensadores, de los mecenas y de los músicos, donde vivieron Lutero, Bach, Wieland, Goethe, Schiller, Liszt, Wagner, Nietzsche... por citar solo algunos. A principios de 1919, fue una de las tres razones por las que se eligió aquella pequeña ciudad de Turingia, con una población apenas superior a la de Fontainebleau y a trescientos kilómetros de Berlín, como sede de la Asamblea Constituyente

salida de las urnas el 19 de enero por sufragio universal, por fin —masculino y femenino—. Los diputados se alojaban en hoteles, posadas y casas particulares; el Gobierno provisional, en cambio, se instaló en el castillo, a dos pasos de la biblioteca Anna-Amalia, ejemplo del esplendor rococó hoy declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, y del parque donde Goethe solía herborizar en su *Parkhaus*, segunda residencia situada a un kilómetro escaso de su casa de la ciudad, en la plaza Frauenplan. Alemania ponía así de manifiesto ante el mundo su otro rostro: el de la *Weltliteratur*, de las artes y de la filosofía, lejos de Berlín y Potsdam, de los cascos con punta y los cuarteles, la Alemania de la *Aufklärung* y de la *Weimarer Klassik*, no la del militarismo, la de los desfiles al son de los pífanos y de los cañones. En otras palabras, lejos de las fábricas y de los obreros. Berlín, ciudad de izquierdas, estaba demasiado agitada, como vino a demostrar el levantamiento espartaquista —*Spartakusaufstand* o enero rojo de 1919— en el que perdieron la vida varios miles de insurgentes, entre ellos Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, asesinados a manos del consumado salvajismo y de la enorme cobardía de los reitres de los *Freikorps*, los cuerpos francos del general Groener y del ministro Noske, el «perro sanguinario», como le gustaba llamarse a sí mismo.

Podríamos dedicarle un libro entero a lo que Weimar representa¹. Lo mejor de Alemania, con la inteligencia de las letras y de las artes, con esa Constitución votada el 31 de julio y esa República nacida el 11 de agosto de 1919, que nunca se separarán de este topónimo. Detestada por la extrema derecha, que asimilaba *Weimar* al *System*, que vituperaba la *Systemrepublik* de los socialdemócratas y el «bolchevismo cultural» —pánico

¹ Peter Merseburger, *Mythos Weimar. Zwischen Geist und Macht*, Berlín, Pantheon, 2013, y Reiner Schlichting, *Genius huius Loci*, Weimar, Stiftung Weimarer Klassik, 1992.

moral de la época—, Weimar era también una ciudad burguesa y conservadora que, ya desde la década de 1920, otorgó mayorías a los nazis. Hitler, que sentía aprecio por la ciudad, organizó allí, como si quisiera lavar la mancha de la democracia y exorcizar aquella maldita Constitución, los primeros congresos del partido antes de decantarse por Nuremberg. Allí se alojaba a menudo, en el Hotel Elephant, reformado a su gusto en 1938 y que aún conserva el *Führerbalkon* en su nueva fachada neodórica. Ese mismo año, las SS inauguraban en el Ettersberg, lugar predilecto de Goethe —era donde tenía su roble—, el campo de concentración de Buchenwald, a tiro de piedra de librerías, museos y cafés.

Después de 1945, el inagotable significante se convirtió en un espectro que se cernía sobre la República Federal de Alemania. Por mucho que Turingia estuviera en la SBZ (zona de ocupación soviética) y luego en la RDA, Bonn seguía teniendo constantes pesadillas con Weimar. A menudo nos hemos preguntado, en Bonn y luego, tras la mudanza de 1999, en Berlín, si no estábamos reviviendo las «circunstancias de Weimar»², sobre todo a principios de los años ochenta, cuando la recesión y la estancación agitaron el espectro del desempleo masivo y «del fracaso de una democracia»³; después, a principios de la década de 2000, cuando Alemania se veía a sí misma como el enfermo de Europa; y, más recientemente, desde que, en 2014, tomó las calles el movimiento Pegida, los «patriotas contra la islamización de Occidente», y luego la AfD, Alternativa para Alemania, se hizo con las urnas.

² Andreas Wirsching (dir.), *Weimarer Verhältnisse? Historische Lektionen für unsere Demokratie*, Leipzig, Reclam, 2018.

³ Coloquio «Weimar. Vom Scheitern einer Demokratie», actas publicadas en Erdmann, Karl Dietrich, Hagen Schulze, *Weimar. Selbstpreisgabe einer Demokratie. Eine Bilanz heute*, Düsseldorf, Droste, 1980.

Con el auge de la extrema derecha y también con sus victorias en Estados Unidos en 2016 y 2024, en Brasil en 2018, en Argentina en 2023, en Austria en 2000, en Hungría, en Polonia y en los Países Bajos, Weimar está aún más presente, igual que lo están, de manera más general, los años treinta —la actual situación política francesa en 2024, con la formación de un «nuevo Frente Popular», tampoco lo desmiente—.

Hay que decir que, más allá del carácter precedero de nuestras democracias, Weimar nos plantea también interrogantes sobre el nazismo, la guerra y la Shoah. A la luz del final de la historia, la República de Weimar se ha convertido en algo así como la metonimia del período de entreguerras y sus traumas. Después de diciembre de 1932, todo salta por los aires en Europa Central y Oriental, y también en el Sur: Austria cae en 1933, con la instauración de una dictadura corporativista nacional-católica; luego España entre 1936 y 1939, a costa de una atroz guerra civil desencadenada por la extrema derecha y los militares contra la República del Frente Popular; y finalmente, en el contexto de la derrota, Francia, que renuncia a lo que Alfred Rosenberg llama «150 años de errores», y confía el poder a un viejo mariscal que, jugando a Juana de Arco y a salvador supremo, traiciona a su país en el momento en que se firma el armisticio, el 22 de junio de 1940, aceptando entregar a los nazis a quienes habían depositado su confianza en el país de los derechos humanos.

El final de la República de Weimar fue un acontecimiento-monstruo y, al mismo tiempo, un acontecimiento-mundo, con tendencia, por otra parte, a aplastar todo lo demás; en particular, la interpretación general de la historia alemana y su cronología a largo plazo. Weimar y, más aún, las circunstancias dramáticas de su final, parecen ser el vórtice que todo lo succiona, un *terminus ad quem* que dicta toda lectura y toda hermenéutica de la historia de un país, reducida a no ser sino

el prólogo del nazismo. Para comprender su fracaso, se ha teorizado un «camino particular» que, de Bismarck a Hitler, solo podía conducir a un país poco proclive al liberalismo y al universalismo hacia la peor de las dictaduras.

Por eso tenemos algún escrúpulo en volver a abordar «el final de la República de Weimar». Esa desafortunada democracia suele estar, en efecto, en el punto de mira del debate público por las circunstancias de su desmantelamiento, algo que siempre añade una pizca de sal a la herida abierta en la historia alemana o, más bien, a la forma de ver, leer, escribir y enseñar esa historia: la teleología, el finalismo. Todo estaría orientado hacia ese agujero negro de la historia del país, el año 1933.

Es algo metodológicamente erróneo e históricamente injusto, porque la República de Weimar, para los hombres y las mujeres que la crearon y la llevaron adelante, supo hacer que historia rimara con esperanza.

Desde hace unos veinte años, la atención historiográfica se centra en los «futuros de Weimar», ese universo de los posibles tan profusamente abierto por la Revolución de 1918-1919 y la redacción, en seis meses, de una Constitución liberal, democrática y parlamentaria, además de social que, setenta años después, cumplía por fin las promesas de 1848 y de la primavera de los pueblos. ¿El año 1919 como primavera del pueblo alemán? Sin duda, porque los contemporáneos conocen, por definición, la corriente ascendente y no la descendente, ese gran invierno de 1933 al que, lijando las perspectivas y mutilando puntos de vista, queda siempre reducida la historia de Alemania. ¿Victoria de la democracia alemana, de ese otro «camino particular» que relaciona a Kant y la Ilustración, las «guerras de liberación» de 1813-1815, la *Paulskirche* —la tan políticamente simbólica iglesia de San Pablo de Frankfurt—, la «Ley Fundamental» de 1949 y la «reunificación» de 1990? Una causa que puede defenderse y ha dado lugar a relecturas y reinterpretaciones de un